

La poesía religiosa

La poesía ha sido siempre, la pariente pobre de la literatura. La poesía es esa llama sagrada que flamea sobre todas las cosas y que la impulsa y le capacita para extraer, por medio de la palabra, la belleza que hay en las cosas más serviles.

La poesía todo lo invade; el campo de la poesía es inmenso, pero todavía existen parcelas donde la poesía no ha penetrado, para mostrar de una manera sensible, los valores del pensamiento humano.

La poesía es palabra, pero llevada a unas alturas de privilegio, para que pueda lograr, siempre apoyándose en el lenguaje, la cota más alta del sentimiento.

La poesía no es concreción matemática, sino sugerencia, sueño, abstracción, huida del mundo que te rodea, floración de una verdad presentida, donde dos y dos pueden ser cinco, sin faltar a la verdad; donde el hombre puede ver que los posos de su alma son agitados, que no sabe qué es, pero que ha llegado al fondo de su corazón. La poesía es, pues, un trasunto hacia la verdad inconcreta que nos da la rutina.

Hemos dicho más arriba, que la poesía es sentimiento inducido, palabra exaltada, algo que sin ser necesario lo llena todo de una manera sutil, casi insensible al ciudadano de a pie. En definitiva, la poesía goza de toda la inutilidad material, de todo arte puro que se precie. Sé que habrá poetas que pongan el grito en el cielo, pero a través de mi profesión como jornalero de la belleza, he llegado a la conclusión, de que el arte, cuanto más sublime, es tanto más inútil para dar soluciones materiales.

El arte sirve al espíritu, pero ¿cómo es el espíritu de nuestra época? Y hemos llegado al punto clave de este tema. La vida nos ha hecho de tal manera, que podemos pasar perfectamente sin que caiga en nuestras manos un verso asonantado, por ejemplo. Sin que leamos un soneto, sin que nos emocionemos con un romance. Pero dentro de esta gama de la poesía versificada, —pues un artículo en prosa puede estar insuflado de este sentimiento— existe una parcela muy poco cultivada, producto, quizá, del agnosticismo que vivimos: me estoy refiriendo a la poesía religiosa.

Si hay algo que puede sumirnos en la indiferencia, es la poesía "que habla de Dios". Estoy hablando en sentido general, pues yo conozco muchas personas que reaccionan de una manera maravillosa ante una poesía que sea buena. Hay muchas plumas que pueden escribir poesía, pero la "chispa" brota en muy contadas ocasiones.

Por lo general se cree, que un hombre que escribe

"renglón corto" es un ser raro que está perdiendo el tiempo en tonterías y que haría bien en emplearse en menesteres más útiles. ¿Pero por qué tiene que ser una tontería hacer versos y para mayor locura, hacer versos de Dios? Quizá no va con la época, ahora que nuestra dinámica ha dejado atrás tanta hoja seca, según el parecer de muchos.

A mí no me gustan las estampitas de crema. Esta jerga poética no cuadra con la virilidad de Jesús, hombre entre los hombres, lleno de hombría, de fuertes manos y pies andariegos, en contra de como se representa en tantos estamentos artísticos. La poesía religiosa, tan escasa, puede hacer crujir el alma del descreído y remover la fe en el corazón del creyente, pues a fin de cuentas, el alma se nutre de todo aquello que es fiel a la belleza y a la verdad de la ortodoxia cristiana, por la que se mete, de una forma cuitada, la poesía.

Si queréis poesía viva, leer los Evangelios. Cada palabra de los Evangelios tiene resonancias capaces de resistir al tiempo y al espacio. Y ésta es la poesía viril, sin azúcar, en la que se nos presenta a un Jesús-Dios que iba sembrando su camino de versos vivos.

La poesía religiosa es escasa, pero es la que parece destinada a un fin pragmático: el de llevarte a Dios y que siquiera sea unos momentos, te acuerdes de Jesús.

Y ahora mi soneto de siempre, que ahora guarda una estrecha relación con la creación artística.

SOL

Tengo una sensación casi divina,
de luz que salta alegre en los sembrados,
formando remolinos argentados,
en el iris de paz de mi retina.

La hierba se funde en una orgía,
como un mundo de luces irisados,
donde el fulgor encuentra su legado
en esta plenitud de mediodía.

Festivales de luz esclarecidos,
¡oh mi rayo de sol, dime qué tienes
para alumbrar mis goces divididos!

Saciada tengo el alma de estallidos,
de soles que se cuelgan de mis sienes,
emborrachando todos mis sentidos.

ANTONIO INIESTA